

GUAPA



A MORIR

Sólo dos días quedaban para que se marchara el mes que el otoño regalaba al verano, ese en el que los cielos ya se ponían tristes sin ninguna razón aparente.

Afuera se oían aún los gritos de la chavalería jugando casi descalzos, con las camisetas colgadas de las ventanas de las fachadas.

Cuatro críos jugaban con su pelota a baloncesto. La canasta era el azulejo azulado con el nombre de la calle, situado sobre la primera fachada de la larga y solitaria calle.

Ese suave viento que presagiaba el final de un largo verano entristecía las figuritas de los chavales, al igual que hacía más lentos y menos vivos sus movimientos.

Tampoco olía ya a fresa, limón, y todos esos refrescantes sabores que provenían de la heladería de Pepa, cerrada ya desde el día anterior.

Y allí estaba ella, tras esas ventanas, intentando vivir.

Ya habían pasado dos minutos del medio día pero el frío era el mismo que hacía cuando despertó, allá por las siete y media. En realidad no había dormido apenas, como llevaba sucediendo esas dos últimas semanas.

En ese frío dormitorio de grandes ventanas siempre cerradas se respiraba un aire diferente por donde circulaban unos aromas otrora desconocidos. Tanto que incluso se podían percibir no solo a través del olfato.

Eran precisamente esas ventanas, que ese día permanecían abiertas, las que hacían todo diferente... el color, el olor,

La luz que penetraba a través de la piel de las cortinas se detenía en su silueta, atravesándola por sus contornos, para descansar sobre el espejo, y reflejar un aura especial.

A su lado, con el rostro oculto por la sombra de su pelo, otra silueta le observaba con eterna quietud, como si supiera del maravilloso momento vivido y no quisiera robarle esa paz que la rodeaba.

Carmen había perdido por fin sus miedos, y volvía a mirarse en el espejo por enésima vez en esa extraña mañana de domingo. Era la primera vez, en casi cuarenta años, que se había atrevido a contarle confidencias a un espejo desconocido hasta entonces, mirándole a los ojos directamente sin pudor. Era también la primera vez que se atrevía a mostrarle sus guiños sin alejar la mirada, y hasta a posar ante él disfrutando de una semidesnudez que antes le aterraba con tan solo imaginar.

Y es que Carmen nunca se había visto tan guapa como en esa extraña época de su vida en la que, por fin, conseguía ser el centro de atención de todos.

Por fin volvía a escalar esas dos posiciones que un día perdió y por las que nunca luchó, recuperando la natural, esa que siempre sintió que le habían robado, aunque lo hicieran con cariño.

Ya de niña fue lo que se llamaba una niña del montón, con poca gracia, menos agraciada aún, y con muy pocas dotes para la sociabilidad.

Si ya de por sí su naturaleza fue una infiel amiga el perder a mamá terminó de esconderla en esa burbuja de la que tanto le costaba salir, y donde tan cómodamente se fue encontrando.

Mamá, o esa imagen angelical que recordaba, murió dos días antes de cumplir los seis años. La palabra cáncer se cruzaba por vez primera en su vida... No sería la última.

Sus hermanas eran muy pequeñas, y ella, junto a papá, tuvo que actuar como hermana, como amiga, y como madre.

Lejos de las tareas del hogar no le quedó otra satisfacción que no fuera aferrarse a los libros, y por ende a los estudios.

Ellos fueron sus mejores amigos – si no los únicos - hasta pasados los veinte años, compaginándolos con una casa que cada vez se hacía más grande y tortuosa.

Podría decirse – así al menos lo sentía ella – que su infancia había estado falta de roles acordes, actuando siempre como alguien que no quería ser, pero a la que muchos le arrastraron.

De las tres hermanas, a pesar de ser la mayor, ella fue siempre la tercera.

Al menos así siempre se sintió. Y así la hicieron sentir en esa modesta casa de una sola planta, digna de un maestro honrado que intentaba pasar con ellas todo el tiempo del que disponía.

En casa nunca hubo mucho dinero, pero supieron suplirlo a base de cariño, de trabajo y de saber renunciar a cosas que no necesitaban... aunque las tuvieran los demás, y aunque a veces las envidiaran.

Cuando papá no estaba era el abuelo Juan, el padre de mamá, quien se hacía cargo de ellas.

Ese aburrido y triste hombre encontró en esas niñas la esperanza para olvidar la muerte de una mujer que añoraba por culpa de esa lacra que les perseguía...

El cáncer otra vez.

Y ese hombre encontró en sus trillizas – así las llamaba – un nuevo impulso para su vida.

Adoraba a sus nietas, aunque a unas más que a otras.

Que Carmen no fuera una de sus favoritas no le afectó nunca. Ella ya estaba acostumbrada a pasar desapercibida entre sus hermanas menores.

Marta nació cuando Carmen tenía tres años, y era guapa ya. Era de esos bebés que no lo parecen, capaces de valerse por sí mismos.

Además, era simpática... de esas personas que no pasan desapercibidas aunque se camuflen tras un halo de modestia y timidez... que no era el caso.

Si ya de por sí era guapa tenía también el don de realzar su belleza con cuatro toquecitos... Y era capaz de conseguirlo con cualquier cosa, con un lazo, un moño, una camisa nueva, un pintalabios...

Podía decirse – de hecho no paraban de repetírselo – que tenía estilo... y mucho éxito.

A pesar de ser una nefasta estudiante siempre supo lo que quería, y no dudó en conseguirlo.

Con veinticinco se casó con un joven médico que conoció en el hospital, cuando el abuelo enfermó.

Se conocieron en Marzo y la boda fue a finales de ese mismo verano.

Nadie apostó por esa boda.

Nadie acertó.

Diez años después sigue felizmente casada, con tres preciosas niñas, y un perrito desagradable y malhumorado al que llamaban, irónicamente, Bufón. Nadie lo vio nunca de buen humor.

Podría parecer que Marta fuera digna de las mayores envidias y celos, pero Carmen la adoraba.

Siempre había sido cariñosa con ella, y siempre le había respetado como a esa madre que tanto le faltó.

Para Marta, al igual que para Cándida, la última palabra siempre la tenía Carmen, a quien adoraban y respetaban por encima de todo, incluidos sus propios esposos.

Cándida no era tan guapa como Marta, pero tenía esa chispa que la hacía ser el centro de atención donde quisiera que estuviera.

Se inventaba chistes en cualquier situación, era rápida de reflejos, y lenguaraz y dicharachera.

Era capaz de decirle a alguien el peor de los insultos con tal tono de broma que a nadie le sentaba mal, aunque todos comprendieran que el dardo ya había sido lanzado.

Así era ella... Tenía don de gentes.

Además, el ser la menor le hizo estar siempre a escondidas, escudándose en sus hermanas, y haciendo lo que realmente le vino en gana.

Siempre fue, sin duda, el alma libre de la familia... la que hizo todo y cuanto quiso.

Emparejada con un profesor universitario – odiaba la idea del matrimonio – era madre de otros dos preciosos hijos, y siempre andaba en proyectos humanitarios.

Sin duda siempre fue la más feliz de las tres hermanas porque nunca echó en falta una figura materna que no conoció. Para ella su madre, su hermana, y su todo era Carmen.

Nuestra Carmen no se casó nunca. Tampoco tuvo nunca novio... ni siquiera grandes amigos... ni amigas.

Ella siempre ejerció como la hermana mayor, y siempre fue la mamá que tanto necesitaron. También fue la confidente de papá. En definitiva ella fue el pañuelo de todos hasta que rehicieron sus vidas.

Fue entonces cuando ella se quedó sola, sin nada, pero con el inmenso cariño de unas hermanas siempre agradecidas y de unos sobrinos que, con el tiempo, la fueron adorando.

Mirándose de nuevo en el espejo disfruta por fin de su momento, comprendiendo que la vida está siendo justa al fin con esa familia con la que tantas deudas tiene contraídas.

Y se siente guapa por primera vez, y se siente feliz porque ahora es a ella a quien devuelven todos los mimos, todo ese cariño que nunca tuvo y que tanto echó en falta cuando le robaron la niñez.

Recogiendo un mechón de su pelo recogido en una cola lo mira emocionada.

Entre las sombras aparece su hermana Marta, que la mira sonriendo, emocionada.

- ¿Preparada para el cambio? – le pregunta mientras la mira a través del espejo, siempre sonriendo

- sí – dice ella confiada y segura

- vas a estar guapísima, Carmen... ya lo verás

- ¿estás segura de que quieres hacerlo? – le pregunta Cándida, sentada en la cama, dando el pecho a su bebé – siempre me gustó tu pelo

- ya, pero ya está algo estropeado. Además, nunca me lo he cortado así... y ha llegado la hora

- yo creo que vas a estar guapísima – le dice Marta, cogiendo con delicadeza la melena.

La tijera se abre y Carmen cierra los ojos.

Chasss – escucha, y los abre, observando cómo el pelo se cae sobre su hombro desnudo.

Otro tijeretazo, y otro más, y sigue, viendo caer su pelo mientras sonríe después de mucho tiempo. También hay lágrimas.

Cada mechón que su hermana va cortando es como una derrota en la película que muestran los ojos de la buena de Cándida, que empieza a llorar.

Carmen le sonríe, y le guiña uno de sus ojos, haciéndole ver que está equivocada porque cada mechón que su hermana arranca es una victoria personal, algo que dicta ella y no el maldito destino.

- tienes el cráneo perfecto – dice Marta, paseando su mano por esa superficie redondeada, haciendo bien en esa piel dolorida

- y para algo que tengo perfecto mejor lucirlo ¿no creéis? – pregunta Carmen sonriendo.

Una lágrima de felicidad recorre su rostro mientras vuelve a mirar su cabeza sin pelo.

Su cabeza es blanca, pintada con diminutos pelos negros, tan cortos que casi no se perciben. Mejor así.

Ya no tendrá que preocuparse más por las mañanas al ver los mechones de pelo quedarse dormidos, sobre la almohada, mientras ella se levanta.

- Yo me veo muy bien así – dice finalmente, bañada en lágrimas pero con una sonrisa dibujada en su cara – me veo guapa al fin

- tú siempre has sido la más guapa – le dice Marta

- aunque nadie se diera cuenta de ello – añade Claudia
Sus hermanas la abrazan y lloran. También la ven más guapa que nunca.
Mirándose en el espejo se ve guapa por fin, y al mirar a sus hermanas, abrazadas a ella, se siente afortunada.
Ellas tienen pareja, hijos, y una vida. Ella solo tenía trabajo, y un miedo que nadie conocía, pero que, por fin, empezaba a disiparse.
Por fin esa maldita herencia familiar ha impartido justicia, recayendo sobre ella, y dejando libres a sus adoradas hermanas.
El maldito cáncer vuelve a su vida, como esperaba, pero ha podido vencerle atrayéndolo hacia ella, dejando libres a los dos tesoros de su vida.
Ya pronto morirá. Las tres lo saben, pero ella es la única que se siente feliz en esa habitación que comparten.
Su muerte salvará a sus hermanas de la maldición familiar, esa en la que una de las hermanas siempre moría joven, como pasó a su bisabuela, a su abuela, a su madre... y ahora a ella.
- Gracias – dijo cerrando los ojos y embriagándose con los abrazos de sus hermanas queridas.

Josa MMIX